

la transición del ex tendero al provinciano consumado. Esta transición constituye una verdadera enfermedad. Ningún tendero pasa impunemente de su charla con una al silencio, y de su actividad parisiense á la inmovilidad provinciana. Cuando estas buenas gentes han hecho alguna fortuna, gastan una parte de ella en su pasión favorita, y emplean en ella las últimas oscilaciones de su impulso superior á su voluntad. Los que no han acariciado una idea fija, viajan ó se sumen en las ocupaciones políticas de la municipalidad. Aquellos van de caza ó á pasear y marean á sus cortijeros ó inquilinos. Estos otros se hacen usureros como el padre Rogrón, ó accionistas como tantos desconocidos. El tema favorito del hermano y de la hermana ya lo conocéis: tenían que satisfacer su regia fantasía de dar trabajo á la paleta, de construirse una casa encantadora. Esta idea fija valió á la plaza de Provins, bajo la fachada que acababa de examinar Brigaut, las posiciones interiores de aquella casa y su lujoso mobiliario. El maestro de obras no puso un clavo sin consultar á Rogrón, sin hacerles firmar los dibujos y los presupuestos, y sin explicarles larga y detalladamente la naturaleza del objeto en discusión, los distintos puntos donde se fallaba y sus diferentes precios. Respecto á las cosas extrañas y dinarias, ya habían sido empleadas en casa del señor Tiphaine, en la de la señora Julliard la joven, ó en la del señor Garceland, el alcalde. Una semejanza cualquiera con cualquiera de los ricachos de Provins acababa siempre la discusión en favor del maestro de obras.

—Desde el momento que el señor Garceland tiene su casa, póngalo usted—decía la señorita Rogrón. Él es hombre de gusto, y, por consiguiente, eso debe estar bien.

—Silvia, el maestro de obras nos propone unos óvalos para la cornisa del corredor.

—¿Le llaman ustedes á esto óvalos?

—Sí, señorita.

—Y ¿por qué? ¿qué nombre más raro! Nunca he oído nombrarlo.

—Pero los habrá usted visto.

—Sí.

—¿Sabe usted latín?

—No.

—Pues bien, esto quiere decir huevos: llámase óvalo todo lo que tiene la forma de un huevo.

—¿Qué raros son ustedes los arquitectos!—exclamaba Rogrón.

—¿Pintaremos el corredor?—decía el maestro de obras.

—¡Quinientos francos más! á fe que no—exclamaba Silvia.—¡Quinientos francos más!

—¡Oh! es que el salón y la escalera son demasiado bonitos para no decorar el corredor—decía el maestro de obras.—La señora Lesourd hizo pintar el suyo el año pasado.

—Sin embargo, su marido, como procurador del rey, puede muy bien ser sacado de Provins.

—¡Oh! día llegará en que sea presidente de audiencia—decía el maestro de obras.

—Y entonces, ¿qué cargo le señala usted al señor Tiphaine?

—El señor Tiphaine tiene una mujer muy guapa y no se apurarse por él: irá á París. Conque, ¿pintamos el corredor?

—Sí, al menos servirá para hacer ver á los Lesourd que sabemos tanto como ellos.

El primer año del establecimiento de los Rogrón en Provins fué dedicado por completo á estas deliberaciones, á las sorpresas y á las enseñanzas de todo género que resultaban de aquella contemplación y á las tentativas que hicieron el hermano y la hermana para relacionarse con las principales personas de Provins.

Los Rogrón no habían frecuentado nunca el mundo, no habían salido nunca de su tienda, no conocían absolutamente á nadie en París y tenían sed de los placeres de la sociedad.

A su vuelta, los emigrados se encontraron, primero con

los señores Julliard, antiguos dueños del *Gusano chino*, cuyo paso en el resbaladizo terreno en que se había colocado: sus hijos y nietos; después á la familia de los Guepin, que satisfacía todos los amores propios, acariciaba todos las mejor dicho, al *clan* de los Guepin, cuyos nietos tenían pretensiones, y grave con las personas graves, joven con aún *Las tres rucacas*, y, finalmente, á la señora Guenée, que á las jóvenes, esencialmente madre con las madres, alegre, les había vendido la *Hermana de familia*, y cuyos tres hijos dispuesta siempre á servirles y amable con todos, era, en los que estaban casados en Provins. Estas tres grandes razas, aquella señora una perla, un tesoro, el orgullo de Provins. Ella no había dicho aún una palabra; pero todos por la villa como la grama sobre una pradera. El alcalde electores de Provins esperaban que su querido presidente señor Garceland, era yerno del señor Guepin. El cura, si fuese la edad requerida para nombrarle diputado. ñor Peroux, era hermano de la señora Julliard, y el presidente de cada uno, según su mayor ó menor perspicacia, hacía de dente del tribunal, señor Tiphaine, era también hermano su protector, y se decía: de la señora Guenée, que se firmaba siempre Tiphaine. — ¡Ah! el señor Tiphaine logrará sus deseos, será ministro. La reina de la villa era la hermosa señora Tiphaine, ministro de Justicia y se ocupará de Provins. joven, hija única de la señora Roguin, rica viuda de Provins. He aquí por qué medios había logrado reinar en la antiguo notario de París, de quien no se hablaba nunca en la villa de Provins la feliz señora Tiphaine. La señora Guenée, hermana del señor Tiphaine, después de haber casado delicada, bonita é inteligente, casada expresamente con su primera hija con el señor Lesourd, procurador del provincias por su madre, que no la quería á su lado, su primera hija con el señor Lesourd, procurador del que la había sacado del colegio algunos días antes de su matrimonio, Melania Roguin se consideraba en Provins, á la segunda con el señor Martener, médico, y á la como en un destierro y se conducía en él admirablemente tercera con el señor Auffray, notario, se había casado en segundas nupcias con el señor Galardón, recaudador de Como estaba ricamente dotada, tenía aún hermosas contribuciones. Las señoras Lesourd, Martener, Auffray, ranzas. Respecto al señor Tiphaine, sépase que su anciano su madre, la señora Galardón, vieron en el presidente padre había hecho á su hija mayor, la señora Guenée, el hombre más rico y de más talento de la familia. El pro- anticipos sobre su herencia, que una tierra de ochocientos urador del rey, sobrino por afinidad del señor Tiphaine, francos de renta, situada á cinco leguas de Provins, tenía gran interés en empujar á su tío á París para llegar que llegar á ser propiedad del presidente; de modo que ser el presidente en Provins. Así que, estas cuatro señoras Tiphaine, casados con veinte mil francos de renta, sin los (la señora Galardón adoraba á su hermano) formaron tar el sueldo ni la casa del presidente, tenían que llegar á una corte á la señora Tiphaine, cuyos consejos y opinio- reunir algún día otra renta de veinte mil francos más. Sees seguían en todo. El señor Julliard hijo, que se había se decía, no eran desgraciados. El grande, el único aficionado con la hija única de un rico cortijero, se enamoró la hermosa señora Tiphaine consistía en hacer que se una manera loca, súbita, secreta y desinteresada de la brasen diputado á su marido. El diputado llegaría á presidenta, de aquel ángel bajado de los cielos parisienses. juez en París, y ella se prometía hacerle llegar en breva astuta Melania, incapaz de liarse con un Julliard, pero tribunal supremo. Por eso esta señora halagaba todos muy capaz de mantenerle en el estado de Amadis y de amores propios y se esforzaba por agradar; y, cosa raro, su estupidez, le aconsejó que fundase un pe- difícil, lo conseguía. Dos veces por semana recibía á su médico, al que sirvió ella de Egeria. Hacía, pues, dos la sociedad de Provins en su hermosa casa de la villa de los que Julliard, impulsado por su pasión romántica, Esta joven de veintidós años no había dado aún un paso había tomado á su cargo la publicación de una hoja pú-

blica para Provins. El periódico, titulado *LA COLMENA diario de Provins*, contenía artículos literarios, médicos, arqueológicos hechos en familia. Los anuncios de la marca pagaban los gastos, y los abonados, en número de doscientos, constituían los beneficios. En dicho periódico aparecían estrofas melancólicas, incomprensibles en Bri y dirigidas ¡¡¡A ELLA!!! con estos tres signos de admiración. De esta suerte, el joven matrimonio Julliard, que cantaba los méritos de la señora Tiphaine, había unido el clan de los Julliard al de los Guené, y desde entonces el salón del presidente se había convertido, como es natural en el primero de la villa; pues la poca aristocracia que existe en Provins forma un solo salón en la villa alta, en casa de la anciana condesa de Breautey.

Durante los seis primeros meses de su trasplantación favorecidos por sus antiguas relaciones con los Julliard, los Guepin y los Guené, y mediante el apoyo de su pariente el notario Auffray, sobrino segundo de su abuelo, los Rogrón fueron recibidos primero por la señora Julliard madre y por la señora Galardón, llegando después, con bastante dificultad, al salón de la hermosa señora Tiphaine. Todo el mundo quiso estudiar á los Rogrón antes de admitirlos. Era difícil dejar de acoger sin motivo á unos comerciantes de la calle de Saint-Denis, nacidos en Provins, y que volvían á su tierra á comerse sus rentas. Sin embargo, el objeto de toda sociedad será siempre amargamente amar gentes de fortuna, de educación, de conocimientos y de costumbres y de caracteres semejantes. Ahora bien, los Guepin, los Guené y los Julliard eran personas de muy alto rango y de más antiguo señorío que los Rogrón, hijos de un posadero usurero cuya conducta privada en un asunto relativo á la herencia Auffray había sido objeto de severas críticas. El notario Auffray, yerno de la señora Galardón, hermana del presidente Tiphaine, saltando á qué atenerse respecto á aquel punto, toda vez que aquella testamentaria había corrido á cargo de su predecesor. Estos antiguos negociantes, que habían abandonado el comercio hacía ya doce años, se habían puesto al ni-

de la instrucción, del saber vivir y de los modales de aquella sociedad, á la que la señora Tiphaine imprimía un cierto sello de elegancia y un especial barniz parisiense. Todo en ella era homogéneo y todos se comprendían, sabiendo cada cual á qué atenerse y lo que hablar para ser agradable á los demás. El trato frecuente contribuyó á que cada uno conociera el carácter de todos los demás y á que se hubiesen acostumbrado unos á otros. Una vez recibidos en casa del señor Garceland, el alcalde, los Rogrón pudieron alabarse de estar en las mejores relaciones con la mejor sociedad de la villa. Silvia aprendió entonces á jugar al *bostón*. Rogrón, incapaz de jugar á ningún juego, daba vueltas á los pulgares y se tragaba las frases una vez que había hablado de su casa; pero sus frases eran como una medicina y parecía que le atormentaban mucho, porque el pobre hombre se levantaba á veces, simulaba querer hablar, y, como se sintiese cortado, se volvía á sentar y hacía cómicas convulsiones con los labios. Silvia mostró sencillamente su carácter en el juego. Quisquillosa, gruñendo siempre cuando perdía y mostrando una insolente alegría cuando ganaba, pleitista y tacaña, acabó por impacientar á sus adversarios y á sus compañeros y por convertirse en el azote de aquella sociedad. Devorados por una envidia necia y franca, Rogrón y su hermana pretendieron desempeñar un papel importante en una villa apesada por la red de espesas mallas que formaban doce familias y en la que todos los intereses y todos los amores propios formaban una especie de estrado sobre el que había que andar con cuidado para no tropezar ó resbalar. Suponiendo que la restauración de su casa costase treinta mil francos, el hermano y la hermana reunían diez mil de renta, y, creyéndose riquísimos, abrumaron á aquella sociedad con su futuro lujo, permitiendo así que todo el mundo midiese su pequeñez, su crasa ignorancia y su estúpida envidia. La noche en que fueron presentados á la hermosa Tiphaine, que los había observado ya en casa de la señora Galardón y en la de la señora Julliard madre, la reina de la villa dijo confiden-

cialmente á Julliard hijo, que se había quedado algunos instantes, después que todo el mundo hubo marchado, conferencia secreta con ella y el presidente:

—¿Conque están ustedes satisfechos de esos Rogrón?

—¡Yo!—dijo el Amadis de Provins;—aburren á mi madre, abruman á mi mujer; y cuando la señorita Silvia entienda aprendizaje hace treinta años en casa de mi padre, no podía ya soportarla.

—Pues yo tengo grandes deseos de hacer comprender á todo el mundo que mi salón no es una posada—dijo una hermosa presidenta poniendo su piececito sobre la base del cenicero.

Julliard levantó los ojos al techo como para decir: «¡Dios mío! ¡cuánto talento! ¡cuánta finura!»

—Yo quiero que mi sociedad sea escogida; y, si admitiese á los Rogrón, ciertamente que no lo sería.

—Son gentes que carecen de corazón, de talento y de modales—dijo el presidente.—Cuando, después de haber vendido hilo durante veinte años, como ha hecho mi hermana, por ejemplo...

—Amigo mío, tu hermana no haría mal papel en ningún salón...—dijo entre paréntesis la señora Tiphaine.

—Se comete la torpeza de seguir siendo mercero—continuó el presidente,—no procura uno ennoblecerse y siga mostrando su origen á cada paso, como han hecho esta noche los Rogrón, vale más que se quede uno en casa.

—Son unos fatuos—dijo Julliard.—No parece sino que no haya más casa que la suya en Provins y que quieren achicarnos á todos, cuando, después de todo, apenas tienen para vivir.

—Si no fuese más que el hermano—dijo la señora Tiphaine,—menos mal, porque no molesta, y dándole rompecabezas chino, permanecería en un rincón tranquilamente toda la noche, y necesitaría un invierno entero para encontrar una combinación. Pero ¿la señorita Silvia? ¡voz de hiena ronca! ¡qué patas de cangrejo! Por supuesto no diga usted nada de esto, ¿eh, Julliard?

Quando Julliard se despidió, la mujercita le dijo á su marido:

—Amigo mío, bastantes indígenas me veo obligada ya á recibir; con estos dos más causaríais mi muerte, y, si tú me permites, nos veremos obligados á cerrar nuestro salón.

—Tú eres dueña de tu casa y puedes hacer lo que quieres; pero nos crearemos enemigos, y los Rogrón se irían á la oposición, que carece hasta ahora de consistencia en Provins. Veo que ese Rogrón frecuenta ya al barón Gouraud y al abogado Vinet.

—¿Qué te importa?—dijo sonriéndose Melania—¡si te harán un favor! Donde no hay lucha, no hay triunfos. Una conspiración liberal, una asociación ilegal, una lucha cualquiera, te darían á conocer.

El presidente miró á su joven esposa con una especie de tímida admiración.

Al día siguiente todo el mundo se dijo al oído en casa de la señora Garceland que los Rogrón no habían tenido buena acogida en casa de los señores Tiphaine, cuya frase relativa á que su casa no era una posada fué muy celebrada.

La señora Tiphaine tardó un mes en devolver su visita á la señorita Silvia. Esta insolencia es muy notada en provincias. Silvia tuvo en el *boston*, en casa de la señora

Tiphaine, una escena desagradable con la respetable señora Julliard madre, con motivo de una insignificante casualidad que su antigua ama le hizo perder, según decía ella, de intento. Silvia, que gustaba de hacer bromas pesadas á los otros, no concebía que obrasen con ella de igual modo.

La señora Tiphaine empezó por dar ejemplo y por formar partidas de juego antes de la llegada de los Rogrón; de suerte que Silvia quedó reducida á errar de mesa en mesa

tratando de jugar á los demás, que la contemplaban con aire burlón. En casa de la señora Juillard madre se pusieron á jugar al *whist*, juego que Silvia no sabía. La solterona acabó por comprender el destierro á que la reducían, y, como no adivinase su causa, se creyó objeto de la envidia de toda aquella gente. Los Rogrón no tardaron en dejar de ser solicitados por todo el mundo; pero persistieron,

sin embargo, en pasar las veladas fuera de casa. La gendintel hemos admirado tantas veces—dijo la señora Tiphaine se burló de ellos con gran disimulo, haciéndophaine—da entrada á un largo corredor que divide basdecir grandes sandeces acerca de los óvalos de su castante desigualmente la casa, puesto que á la derecha no de una cierta bodega de licores que no tenía igual en Phay más que una ventana que da á la calle, mientras que vins. Entretanto, la casa de los Rogrón quedó terminahay dos á la izquierda. Por la parte del jardín, este pasillo y, como es natural, éstos dieron en ella algunas suntuoestá terminado por la puerta vidriera de la escalinata excomidas, tanto para pagar las atenciones recibidas, coterior, que da acceso á un césped, en cuyo centro se eleva para exhibir su lujo. Los invitados acudieron solamente un pedestal que soporta el busto en yeso de Espartaco curiosidad. La primera comida fué ofrecida á los pimpintado de color bronce. Detrás de la cocina, el maestro pales personajes: á los señores Tiphaine, sin embargo de obras ha instalado, debajo de la caja de la escalera, una que los Rogrón no habían comido ni una sola vez en calacena, de la cual no se nos dió cuenta. Esta escalera, pinde éstos; á los señores Julliard, padre é hijo, madre y nuetada de color mármol jaspeado, consiste en una barandial señor Lesourd, al señor cura y á los señores Galardla acanalada que da vueltas sobre sí misma, como aquellas Fué aquella una de esas comidas de provincia que dunque en los cafés conducen del piso bajo al entresuelo. Esta desde las cinco de la tarde hasta las nueve de la nochebaratija de madera de nogal, de peligrosa resistencia y con La señora Tiphaine, que era la que imponía en Provinsbalaustres adornados de cobre, nos ha sido presentada grandes costumbres de París, donde las gentes distingcomo una de las siete maravillas del mundo. La puerta de das dejan el salón después de tomado el café, tenía las bodegas está debajo. Al otro lado del pasillo, dando á unión en su casa y quiso evadirse; pero los Rogrón sigua calle, se encuentra el comedor, que se comunica, merron al matrimonio hasta la calle, y cuando volviendiante una puerta de dos hojas, con un salón de iguales diestupefactos de no haber podido retener al presidente mensionese que él y cuyas ventanas tienen vistas al jardín. la presidenta, los demás convidados les explicaron el bu —¿De modo que no hay antesala?—dijo la señora gusto de la señora Tiphaine, á la cual imitaron con uAuffray.

celeridad cruel en provincias.

—No verán nuestro salón iluminado, siendo como hay una corriente que mata—respondió la señora Tiphaine.—«Hemos tenido el pensamiento eminentemente nacional, liberal, constitucional y patriótico de no emplear más que maderas francesas—repuso Silvia.» De suerte que

Los Rogrón habían querido preparar una sorpresa á sus invitados. Nadie había sido admitido á ver aquella canás que maderas francesas—repuso Silvia.» De suerte que que se había hecho célebre; de suerte que todos los con el comedor el piso es de madera de nogal. El armario corrientes al salón de la señora Tiphaine esperaban del comedor, la mesa y las sillas son también de nogal. En los balcones se ven unas cortinas de indiana blanca impaciencia su opinión acerca de las maravillas del paEn los balcones se ven unas cortinas de indiana blanca con ribetes rojos, suspendidas por medio de vulgares con ribetes rojos, suspendidas por medio de vulgares brazaderas rojas y de alzapaños exagerados, con rosetos

—Vamos—le dijo con impaciencia la diminuta señora Martener,—ya habrá visto usted el Louvre; cuéntenos es de relieve, de color dorado mate, y cuyos pomos resaltan sobre un fondo rojizo. Estas magníficas cortinas que le ha parecido.

—No vale nada; la casa es como la comida.

—Diga usted, diga usted.

—Pues bien, esa puerta de dos hojas cuyo hermoEn el comedor se ve un reloj de café suspendido de una especie

30893

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
SAN ANTONIO, MEXICO

de servilleta de bronce dorado, uno de esos caprichos que agradan extraordinariamente á los Rogrón. Quisieron ver admirar aquel objeto, y lo mejor que se me ocurrió decirles que si en algún sitio podía ponerse una servilleta en torno de un reloj, era indudablemente en un comedor. Sobre este mismo armario hay, además, dos grandes espejos antiguos y sus tablas de juego, que todos los espejos semejantes á los que adornan el mostrador de las fondas célebres. Sobre el otro armario se ve un barómetro Martener satisfecho del elogio que tan tristemente acaba excesivamente adornado que parece desempeñar un papel en su existencia, pues Rogrón lo mira como si mira á su pretendida. Entre las dos ventanas, el maestro de obras ha colocado una estufa de porcelana blanca. En las paredes brilla un magnífico papel rojo y oro, como el que encuentra en las fondas, que, sin duda, sirvieron á Rogrón de modelo. La comida nos ha sido servida en vajilla de porcelana blanca y oro; pero han abierto uno de los armarios y nos han dejado ver otro servicio de barro blanco para diario. Enfrente de cada uno de los armarios del comedor se ven sendas cómodas que contienen ropa. Todavía en forma de hojas griegas! De lo alto del reloj se estos muebles están barnizados, limpios, nuevos y llenven ustedes contemplados á la manera de los Rogrón, es de brillo. Aun pasaría por este comedor, pues tiene su carácter, y, por desagradable que sea, describe á las mil maravillas el de los dueños de la casa; pero no hay medio de transigir con aquellos cinco grabados negros, contra los patas á una gran bola, detalle de las costumbres del que debía dictar una ley el ministro de la Gobernación, león de adorno, que se pasa la vida soportando una que representan á Poniatowski saltando el Elster, la gran bola negra, enteramente lo mismo que un diputado fensa de la barrera de Clichy, Napoleón disparando de la izquierda. ¡Quién sabe no sea esto un mito constitucional! El espejo de la chimenea ofrece ese marco de marcos dorados cuyo vulgar modelo conviene á esos grabados, capaces de hacer tomar odio á las bellas artes. ¡Ondonde brilla el genio del tapicero es en los pliegues de cuánto más me gustan los pasteles de la señora Juillard que representan frutas, esos excelentes pasteles hechos años colocado enfrente de la chimenea, poema romántico tiempo de Luis XV y que están en armonía con aquel compuesto expresamente para los Rogrón, que se extasían en el comedor antiguo, pero que posee el carácter de la provincia enseñándolo. Del centro del techo pende una araña que encierra los antiguos cubiertos de plata de la familia, la porcelana antigua y nuestras costumbres! La araña que es de muy mal gusto y con detestables adornos. provincia es la provincia, y se hace ridícula cuando quiere imitar á París. Acaso me dirán ustedes que entiendo

de esto; pero aunque no entienda nada, prefiero este antiguo salón que ven ustedes aquí del señor Tiphaine padre, con sus grandes cortinas de seda verde y blanca, con sus contorneados, con sus espejos antiguos y sus tablas de juego, que todos los espejos semejantes á los que adornan el mostrador de las fondas célebres. Sobre el otro armario se ve un barómetro Martener satisfecho del elogio que tan tristemente acaba excesivamente adornado que parece desempeñar un papel en su existencia, pues Rogrón lo mira como si mira á su pretendida. Entre las dos ventanas, el maestro de obras ha colocado una estufa de porcelana blanca. En las paredes brilla un magnífico papel rojo y oro, como el que encuentra en las fondas, que, sin duda, sirvieron á Rogrón de modelo. La comida nos ha sido servida en vajilla de porcelana blanca y oro; pero han abierto uno de los armarios y nos han dejado ver otro servicio de barro blanco para diario. Enfrente de cada uno de los armarios del comedor se ven sendas cómodas que contienen ropa. Todavía en forma de hojas griegas! De lo alto del reloj se estos muebles están barnizados, limpios, nuevos y llenven ustedes contemplados á la manera de los Rogrón, es de brillo. Aun pasaría por este comedor, pues tiene su carácter, y, por desagradable que sea, describe á las mil maravillas el de los dueños de la casa; pero no hay medio de transigir con aquellos cinco grabados negros, contra los patas á una gran bola, detalle de las costumbres del que debía dictar una ley el ministro de la Gobernación, león de adorno, que se pasa la vida soportando una que representan á Poniatowski saltando el Elster, la gran bola negra, enteramente lo mismo que un diputado fensa de la barrera de Clichy, Napoleón disparando de la izquierda. ¡Quién sabe no sea esto un mito constitucional! El espejo de la chimenea ofrece ese marco de marcos dorados cuyo vulgar modelo conviene á esos grabados, capaces de hacer tomar odio á las bellas artes. ¡Ondonde brilla el genio del tapicero es en los pliegues de cuánto más me gustan los pasteles de la señora Juillard que representan frutas, esos excelentes pasteles hechos años colocado enfrente de la chimenea, poema romántico tiempo de Luis XV y que están en armonía con aquel compuesto expresamente para los Rogrón, que se extasían en el comedor antiguo, pero que posee el carácter de la provincia enseñándolo. Del centro del techo pende una araña que encierra los antiguos cubiertos de plata de la familia, la porcelana antigua y nuestras costumbres! La araña que es de muy mal gusto y con detestables adornos. Debajo de ésta, una mesa redonda de té soporta una banqueta de metal donde relucen tazas de porcelana pintada,

¡y qué pinturas! agrupadas en torno de un azucarero dorado, las campanillas, los interiores de chimenea de cristal tallado tan arrogantemente, que nuestros niñismos fumívoro, las invenciones para evitar la humedad, abrirán los ojos de asombro admirando los círculos de los cuadros de marquetería figurados por la pintura en la bre dorado que lo rodean, y las tenacillas para coger escalera, la cristalería, la cerrajería superflua, en una pa-azúcar, de las cuales es probable que no lleguen nunca a, todas esas menudencias que encarecen una conservirse. Este salón está cubierto de un papel rojo crucción y que agradan á los plebeyos habían sido prodi- parece terciopelo y que forma testeros mediante unas sadas con exceso.

rillas de cobre unidas á las cuatro esquinas por enor. Nadie quiso ir á las veladas de los Rogrón, cuyas preten- hojas de palmera. Cada testero está adornado de una liones abortaron. Las razones para negarse no faltaban. cromia provista de marco imitación de nuestras hermo todos los días estaban tomados por las señoras Garceland, esculturas de madera. El mobiliario, de casimir y de Galardón, Julliard y Tiphaine, el subprefecto, etc. Para de olmo, se compone de dos canapés, dos poltronas, sormarse una sociedad, los Rogrón creyeron que bastarían sofás y seis sillas. La consola está embellecida con unas comidas, á las cuales sólo asistieron jóvenes bastante rero de alabastro, titulado de Médicis, y de una célebre urlones, resultando aquellas comidas lo que resultan las corera, de la cual ha dicho la señorita Silvia *que no es el mundo entero*; pero las personas graves dejaron de *otra igual en Provins*. Cada alféizar de las ventanas, acudir. Asustada por la pérdida tonta de cuarenta mil donde penden magníficas cortinas de seda roja, contierancos invertidos sin provecho en la casa que ella deno- una mesa de jugar. La alfombra es de Aubusson, y los Minaba su querida casa, Silvia quiso recuperar aquella grón no dejaron tampoco en esto de echar mano de una mediante economías, y, al efecto, renunció á aquellos fondo rojo con grandes rosas, que es el más vulgar de lanquetes que costaban de treinta á cuarenta francos, sin dibujos comunes. Este salón parece estar deshabitado: los vinos, y que no realizaban su esperanza de tener una se ven allí libros, ni grabados, ni esos objetos insignificancia, creación esta tan difícil en provincias como en tes que adornan las mesas—dijo la señora Tiphaine señarís. Silvia despidió, pues, á su cocinera y tomó á una lando su mesa cargada de objetos de moda, de álbumoza del campo para hacer las labores de la casa, encar- de otras mil curiosidades que le habían regalado.—ándose ella de la cocina *para hacer mejor su gusto*.

se ven allí ni flores ni ninguna de esas menudencias q Catorce meses después de su llegada, el hermano y la se renuevan. Aquello es seco y frío como la señorita Sermana quedaron reducidos á una vida solitaria y ociosa. via. Buffón tuvo razón al decir que el estilo es el hombu destierro del mundo había engendrado en el corazón y no ofrece duda alguna que también los salones tien de Silvia un odio atroz contra los Tiphaine, los Julliard, sus estilos. los Auffray, los Garceland, en una palabra, contra la so-

La hermosa señora Tiphaine continuó su descripción de Provins, á la que ella llamaba la *pandilla*, y con epigramática, y por lo que ella dijo, cualquiera pue que sus relaciones llegaron á ser excesivamente frías. imaginarse lo que era la habitación que los dos hermucho hubiera deseado ella poder oponerles una segunda nos ocupaban en el primer piso; pero nadie podría co sociedad; pero la burguesía inferior estaba compuesta por cebir los estúpidos adornos á que el ocurrente maestro completo de pequeños comerciantes que sólo podían obras arrastró á los Rogrón: las molduras de las puertisponer de los domingos y de los días festivos, ó de gen- las contraventanas modeladas, los trabajos de adorno es desacreditadas, como el abogado Vinet y el médico es descreditadas, como el abogado Vinet y el médico neraud, ó de bonapartistas inadmisibles, como el coronel

barón Gouraud; gentes todas con las que Rogrón se torpemente y contra las que la elevada burguesía intúe podría ser peligroso el coronel, y cometió la torpeza en vano ponerle en guardia. El hermano y la hermana le hablarle del ostracismo pronunciado contra él y de vieron, pues, obligados á permanecer en el rincón contarle las cosas que la *pandilla* decía de su persona. fuego de la estufa ó en el comedor, recordando sus niólo Dios sabe cómo se despachó el coronel, tan temible cios, las caras de sus parroquianos y otras cosas por pistola como á espada y que no temía á nadie, contra la estilo. El segundo invierno no transcurrió sin que el iphaine y su Julliard, contra los ministeriales de la villa rrimiento pesase sobre ellos de una manera espantalta, gentes vendidas al extranjero, capaces de todo por hasta el punto de no saber en qué emplear las horas btener un destino, que leían á su gusto en las elecciones día y de decirse más de una vez al acostarse: «¡Un os nombres de las papeletas, etc. A eso de las dos, Rogrón menos!» Empleaban la mañana en permanecer en la cababa un pequeño paseo, y se consideraba muy feliz cuando en levantarse y en vestirse muy despacio. Rogron se hal pasar por delante de la puerta de un tendero, éste le él mismo la barba todos los días, se examinaba la oreguntaba: «¿Cómo va, papá Rogrón?» en cuyo caso hablaba con su hermana de los cambios que creía obablaba y pedía noticias de la villa y escuchaba y comen- var en ella, tenía discusiones con la criada acerca dababa los chismes y cuentos de Provins. Según el tiempo, temperatura de su agua caliente, se iba al jardín, minubía á la villa alta ó se paseaba por los pedregosos cami- si las flores habían brotado, aproximábase á orillas del itos de las afueras. A veces encontraba á algunos ancia- donde había hecho contruir un kiosco, observaba las pitos que iban de paseo como él, y estos encuentros const- tas y paredes de su casa para ver si alabeaban, si se ituan siempre para él felices acontecimientos. Había en dían ó si las pinturas se sostenían; y volvía á hablar rovins gentes desengañadas de la vida parisiense y sabios hermana, que se hacía la atareada poniendo la meo modestos que vivían con sus libros. Juzgad la actitud de riñendo á la criada, de sus temores acerca de una gal Rogrón escuchando á un juez suplente, llamado Desfon- enferma ó de algún lugar de la casa en que la hume rilles, más arqueólogo que magistrado, diciendo al hom- dejaba manchas. El barómetro era el mueble más útil pre instruído, al anciano Martener padre, al mismo tiempo Rogrón: lo consultaba sin causa, lo golpeaba familiarme ue le mostraba el valle: como á un amigo, y después decía: «¡Mal tiempo!» A —¿Quiere usted decirme por qué los ociosos de Europa cual le respondía su hermana: «¿Qué quieres? hace an á Spa en lugar de venir á Provins teniendo las aguas e Provins una superioridad reconocida por la medicina e Provins y poseyendo una acción y una marcialidad dignas e las propiedades médicas de nuestras rosas? almuerzo invertían bastante tiempo. ¡Con qué lentie —¿Qué quiere usted?—replicaba el hombre instruído— masticaban aquellos dos seres cada bocadol Su diges- s uno de esos caprichos del capricho, inexplicables como era perfecta y no había temor de cáncer en el estóm- . El vino de Burdeos era desconocido hace cien años: el Mediante la lectura de *La Colmena* y del *Constitucional* . El vino de Burdeos era desconocido hace cien años: el mariscal Richelieu, una de las mayores figuras del siglo gaban á las doce del día. El abono al periódico parisie asado, el Alcibíades francés, fué nombrado gobernador era pagado por partes iguales entre Rogrón, el abog- e la Guyana, y como tuviese el pecho enfermo, el vino Vinet y el coronel Gouraud. Rogrón iba en persona el país le curó y restableció por completo. Burdeos ad- llevarle los periódicos al coronel, que vivía en la plaza, uiere entonces cien millones de renta, y el mariscal ex- la casa del señor Martener, y cuyos grandes relatos

barón Gouraud; gentes todas con las que Rogrón se torpemente y contra las que la elevada burguesía intúe podría ser peligroso el coronel, y cometió la torpeza en vano ponerle en guardia. El hermano y la hermana le hablarle del ostracismo pronunciado contra él y de vieron, pues, obligados á permanecer en el rincón contarle las cosas que la *pandilla* decía de su persona. fuego de la estufa ó en el comedor, recordando sus niólo Dios sabe cómo se despachó el coronel, tan temible cios, las caras de sus parroquianos y otras cosas por pistola como á espada y que no temía á nadie, contra la estilo. El segundo invierno no transcurrió sin que el iphaine y su Julliard, contra los ministeriales de la villa rrimiento pesase sobre ellos de una manera espantalta, gentes vendidas al extranjero, capaces de todo por hasta el punto de no saber en qué emplear las horas btener un destino, que leían á su gusto en las elecciones día y de decirse más de una vez al acostarse: «¡Un os nombres de las papeletas, etc. A eso de las dos, Rogrón menos!» Empleaban la mañana en permanecer en la cababa un pequeño paseo, y se consideraba muy feliz cuando en levantarse y en vestirse muy despacio. Rogron se hal pasar por delante de la puerta de un tendero, éste le él mismo la barba todos los días, se examinaba la oreguntaba: «¿Cómo va, papá Rogrón?» en cuyo caso hablaba con su hermana de los cambios que creía obablaba y pedía noticias de la villa y escuchaba y comen- var en ella, tenía discusiones con la criada acerca dababa los chismes y cuentos de Provins. Según el tiempo, temperatura de su agua caliente, se iba al jardín, minubía á la villa alta ó se paseaba por los pedregosos cami- si las flores habían brotado, aproximábase á orillas del itos de las afueras. A veces encontraba á algunos ancia- donde había hecho contruir un kiosco, observaba las pitos que iban de paseo como él, y estos encuentros const- tas y paredes de su casa para ver si alabeaban, si se ituan siempre para él felices acontecimientos. Había en dían ó si las pinturas se sostenían; y volvía á hablar rovins gentes desengañadas de la vida parisiense y sabios hermana, que se hacía la atareada poniendo la meo modestos que vivían con sus libros. Juzgad la actitud de riñendo á la criada, de sus temores acerca de una gal Rogrón escuchando á un juez suplente, llamado Desfon- enferma ó de algún lugar de la casa en que la hume rilles, más arqueólogo que magistrado, diciendo al hom- dejaba manchas. El barómetro era el mueble más útil pre instruído, al anciano Martener padre, al mismo tiempo Rogrón: lo consultaba sin causa, lo golpeaba familiarme ue le mostraba el valle: como á un amigo, y después decía: «¡Mal tiempo!» A —¿Quiere usted decirme por qué los ociosos de Europa cual le respondía su hermana: «¿Qué quieres? hace an á Spa en lugar de venir á Provins teniendo las aguas e Provins una superioridad reconocida por la medicina e Provins y poseyendo una acción y una marcialidad dignas e las propiedades médicas de nuestras rosas? almuerzo invertían bastante tiempo. ¡Con qué lentie —¿Qué quiere usted?—replicaba el hombre instruído— masticaban aquellos dos seres cada bocadol Su diges- s uno de esos caprichos del capricho, inexplicables como era perfecta y no había temor de cáncer en el estóm- . El vino de Burdeos era desconocido hace cien años: el Mediante la lectura de *La Colmena* y del *Constitucional* . El vino de Burdeos era desconocido hace cien años: el mariscal Richelieu, una de las mayores figuras del siglo gaban á las doce del día. El abono al periódico parisie asado, el Alcibíades francés, fué nombrado gobernador era pagado por partes iguales entre Rogrón, el abog- e la Guyana, y como tuviese el pecho enfermo, el vino Vinet y el coronel Gouraud. Rogrón iba en persona el país le curó y restableció por completo. Burdeos ad- llevarle los periódicos al coronel, que vivía en la plaza, uiere entonces cien millones de renta, y el mariscal ex- la casa del señor Martener, y cuyos grandes relatos

tiende el territorio de Burdeos hasta Angulema, hasta Cahors, en fin, hasta cuarenta leguas á la redonda. ¿Está construída sobre criptas? ¿sabe dónde terminan los viñedos de Burdeos? ¡Y decir!

—¡Criptas! —Sí, hombre, criptas de una altura y de una extensión inexplicables. Criptas como naves de templo, con enormes pilares.

—¡Ahl si ocurre un acontecimiento de ese género en la plaza de la villa baja, ya en el castillo, ó ya en la villa alta, algún bajo relieve en mármol blanco repiensas explicar estas singulares construcciones—decía el sentando el busto del señor Opoix, restaurador de las aguas minerales de Provins.

—Amigo mío, la rehabilitación de Provins es casi imposible—decía el señor Martener.—Esta villa hizo que el

Al oír estas palabras, Rogrón abrió asombrado los ojos y exclamaba:

—¿Cómo?

—En otro tiempo, en el siglo XII, cuando los condes de Champaña tenían aquí su corte, como el rey Renato tenía en la suya en Provenza, fué esta una capital que luchaba con París—respondía el hombre instruido—durante algún tiempo á las conversaciones de los dos hermanos. Rogrón aprendía siempre algo nuevo acerca del antiguo Provins, de las alianzas de las familias y de las antiguas noticias políticas que volvía á repetir á su hermana. De esta suerte se concebía que preguntase toriosamente con París—respondía el hombre instruido—durante su paseo y en ocasiones varias á una elegancia, las mujeres, en fin, todos los esplendores de París. «¿Qué se dice? ¿qué ocurre de nuevo?». se arrojaba sobre un canapé como un hombre reventado de cansancio, pero fastidiado únicamente de su propio peso, y esperaba la hora de la comida arruinadas, y en Provins ya no nos queda más que el ruido de veinte veces del salón á la cocina, mirando el fume de nuestra gloria histórica, de nuestras rosas y laurelos y abriendo y cerrando las puertas. Mientras que el hermano y la hermana acudieron á las veladas de la villa, caudieron matar el tiempo que mediaba entre la comida y la hora de acostarse; pero cuando quedaron reducidos á la soledad, cada velada fué para ellos el tránsito de un desierto. A veces, las personas que volvían á sus casas de Italia, lo que fué Weymar en Alemania después de haber pasado la velada en alguna reunión, al pasar por la plaza, oían gritos en casa de los Rogrón como si el hermano asesinase á la hermana, acabando por reconocer los horribles bostezos de un mercero sumido en mayor aburrimiento. Aquellas dos máquinas no tenían nada que moler entre sus oxidadas ruedas, y chillaban como último recurso, el hermano habló de casarse; pero el hombre se sentía envejecido y fatigado, y una mujer le

—¡Ahl! ¿qué sería Francia si conservase todas sus tales feudales?—decía Desfondrilles.—¿Pueden los subditos reemplazar á la raza galante, poética y guerrera de los Thibault, que habían hecho de Provins lo que Venecia era en Italia, lo que fué Weymar en Alemania y que desearía ser hoy Munich?

—¿De modo que Provins ha sido capital?—exclamó Rogrón.

—Pero ¿de dónde sale usted, hombre?—respondió Desfondrilles.

El juez suplente golpeaba entonces con su bastón el suelo de la villa alta y exclamaba:

asustaba. Silvia, que comprendió la necesidad de tener a una tercera persona en casa, se acordó entonces de su pobre prima por la cual nadie les había preguntado en Provins, creyéndola, sin duda, muerta como su madre. Silvia Rogrón no perdía nunca nada (¡era demasiado solterona para que se le extraviase la cosa más insignificante!) y, á fin de hablar naturalmente de Petrilla á su hermano que se consideró casi feliz con la posibilidad de tener a una niña en casa, fingió encontrar casualmente la carta de los Lorrain. Silvia escribió medio comercialmente, medio afectuosamente á los ancianos Lorrain, atribuyendo la demora de la contestación á la liquidación de su comercio, á su traslado á Provins y á su establecimiento en su villa natal, y mostróse deseosa de tomar consigo á su prima, dando á entender que Petrilla llegaría á heredar algún día doce mil francos de renta si el señor Rogrón no se casaba. Sería necesario haber sido como Nabucodonosor, medio bestia salvaje encerrado en una jaula de jardín de plantas, sin más presa que la carne servida diariamente por el guardián, ó tendero retirado sin dependiente á quien molestar continuamente, para comprender la impaciencia con que los dos hermanos esperaron á su prima Lorrain. Baste saber que tres días después de haber escrito la carta, los dos solterones se preguntaban ya cuándo llegaría su prima.

Silvia vió en su pretendida generosidad para con su prima pobre un medio de ganarse las simpatías de la sociedad de Provins, y, al efecto, fué á casa de la señora Tiphaine, que les había herido con su reprobación y que había querido crear en Provins una primera sociedad como en Génova, á cacarear la llegada de su prima Petrilla, la hija del coronel Lorrain, y á deplorar sus desgracias, presentándose como mujer que se consideraba feliz pudiendo ofrecer al mundo una hermosa y joven heredera.

—¡Qué tarde la han encontrado ustedes!—le dijo irónicamente la señora Tiphaine, que ocupaba, cual un trono, un sofá situado al rincón del fuego.

Mediante algunas palabras dichas en voz baja, mientras que se daban cartas, la señora Garceland recordó la historia de la herencia del anciano Auffray, y el notario explicó las iniquidades del posadero.

—Y ¿dónde está esa pobre niña?—preguntó cortésmente el presidente.

—En Bretaña—dijo Rogron.

—¡Oh! pero Bretaña es muy grande—advirtió el fiscal señor Lesourd.

—Sus abuelos, los Lorrain, nos escribieron... ¿Cuándo, Silvia?—preguntó Rogron.

Silvia, ocupada en preguntar á la señora Garceland dónde había comprado la tela de su vestido, no previó el efecto de su respuesta, y dijo:

—Antes del traspaso de nuestra tienda.

—¿Y les respondieron ustedes hace tres días, señorita?—exclamó el notario.

Silvia se puso roja como la grana.

—Hemos escrito al convento de San Jacobo—repuso Rogron.

—Sí, existe allí, en efecto, una especie de hospicio para los ancianos—dijo un magistrado que había sido juez suplente en Nantes.—Pero la niña no puede estar allí, porque no se recibe más que á gente sexagenaria.

—No, ella está con su abuela Lorrain—dijo Rogrón.

—Pero esa niña tenía una pequeña fortuna, los ocho mil francos que su padre de usted... no, quiero decir que su abuelo le había dejado—dijo el notario que se había equivocado expresamente.

—¡Ah! exclamó Rogrón con aire necio sin comprender el epigrama.

—¿De modo que no conoce usted la fortuna ni la situación de su prima carnal?—preguntó el presidente.

—Si el señor la hubiese conocido, no la dejaría en una casa que no es más que un hospital decente—dijo severamente el magistrado.—Ahora me acuerdo de haber visto vender en Nantes, por expropiación, una casa que pertenecía á los señores Lorrain, y la señorita Lorrain perdió

su crédito, cosa que recuerdo porque pasó la venta por mis manos.

El notario habló del coronel Lorrain, el cual, si viviese no se asombraría poco viendo á su hija en un establecimiento como el de San Jacobo. Los Rogrón hicieron entonces su retirada, diciéndose que el mundo era muy malo. Silvia comprendió el poco éxito que la noticia había tenido, se vió ya perdida en el concepto de aquellas gentes y se convenció de que le estaba prohibido frecuentar esa sociedad. Lo sucesivo la alta sociedad de Provins. A contar de ese día, los Rogrón no ocultaron su odio contra las grandes familias burguesas de Provins y sus acólitos. El hermano enseñó entonces á la hermana todas las canciones liberales que el coronel Gouraud y el abogado Vinet le habían cantado de los Tiphaine, los Guenée, los Garceland, los Guepin y los Julliard.

—Oye, Silvia, yo no comprendo como la señora Tiphaine reniega del comercio de la calle de Saint-Denis, siendo ella salida de allí. La señora Roguin, su madre, es prima de los Guillaume del *Gato que pelotea*, los cuales cedieron su tienda á José Lebas, su yerno. Su padre es aquel notario, aquel Roguin que faltó á sus compromisos en 1819, arruinó á la casa Birotteau: de suerte que la fortuna de los Tiphaine es robada; porque ¿cuál es la mujer de un notario que retira sus bienes y permite que su marido haga una quiebra fraudulenta? ¡Vaya una honra! Además casó á su hija en Provins á causa de sus relaciones con el banquero Tillet. ¡Y esa gente se muestra orgullosa! ¡Vaya vaya!... En fin, así es el mundo.

El día en que Dionisio Rogrón y su hermana Silvia empezaron á trinar contra la pandilla, se convirtieron, sin saberlo, en personajes y se pusieron en camino de tener una sociedad: su salón iba á convertirse en el centro de los intereses que buscaban un teatro común. Con este acto el ex mercero tomó proporciones históricas y políticas, pues dió, sin saberlo, fuerza y unidad á los elementos del partido liberal de Provins, que habían estado despar-  
mados hasta entonces. He aquí cómo: Los estrenos de lo

Rogrón en Provins fueron curiosamente observados por el coronel Gouraud y por el abogado Vinet, que se mantenían unidos á causa de su propio aislamiento. Estos dos hombres profesaban el mismo patriotismo por las mismas razones: ambos querían llegar á ser personajes; pero si estaban dispuestos á hacerse jefes, carecían, en cambio, de soldados. Los liberales de Provins se componían de un veterano que se había hecho cafetero, de un posadero, del señor Cournant, notario y competidor del señor Auffray, del médico Neraud, antagonista del señor Martener, de algunas gentes independientes y de cortijeros despar-  
mados por el distrito que eran dueños de bienes nacionales. El coronel y el abogado, felices de poder atraerse á un imbécil cuya fortuna podía ayudar á sus manejos, que secundaría sus planes y cuya casa serviría de punto de reunión al partido, se aprovecharon de la enemistad de los Rogrón contra los aristócratas de la villa. El coronel, el abogado y Rogron estaban unidos por el lazo de un abono común al *Constitucional*, y á Gouraud no había de serle difícil hacer de Rogrón un liberal, á pesar de que éste no entendiese una palabra de política. La próxima llegada de Petrilla anticipó la práctica de los pensamientos inspirados por la ignorancia y estupidez de los dos solterones. Viendo perdida para Silvia toda probabilidad de casamiento en la sociedad de Tiphaine, el coronel concibió un proyecto oculto. Los veteranos han contemplado tantos horrores en tantos países y tantos cadáveres haciendo muecas en tantos campos de batalla, que no se asustan de ninguna cara, y Gouraud acarició la idea de poseer la fortuna de la solterona. Este coronel, hombre pequeño y gordo, llevaba enormes pendientes en las orejas, sin embargo de estar éstas adornadas de enorme mechón de pelo. Sus patillas ralas y grises recibieron el nombre de *aletas* en 1799. Su rojiza y redonda cara estaba un poco curtida, como la de todos los escapados del Beresina. Su gran vientre puntiagudo formaba en su parte inferior ese ángulo recto que caracteriza al antiguo oficial de caballería. Gouraud había mandado el 2.º de húsares. Sus bigotes grises ocultaban

una enorme boca de espuerta, si se me permite emplear esta palabra, única que puede describir aquel abismo que no había comido, sino devorado. Un sablazo le había roto la nariz, con lo cual su voz se había vuelto sorda y gangosa, como la atribuida á los capuchinos. Sus manitas cortas y anchas, eran precisamente de esa clase que hace decir á las mujeres: «Es usted un malísimo sujeto». Sus piernas parecían flacas bajo su grueso cuerpo, dentro de las cuales se agitaba un espíritu desenvuelto, la más completa experiencia de las cosas de la vida, oculta bajo la aparente indiferencia de los militares, y un desprecio completo por las conveniencias sociales. El coronel Gouraud tenía la cruz de Oficial de la Legión de honor y dos mil cuatrocientos francos de retiro, lo cual le formaba un sueldo de mil escudos anuales.

El abogado, alto y delgado, tenía sus opiniones liberales por todo talento, y los escasos productos de su bufete por toda renta. En Provins los procuradores defienden por sí mismos sus causas. Por otra parte, á causa de sus opiniones, el abogado Vinet era escuchado poco favorablemente por el tribunal; de suerte que los aldeanos más liberales en caso de pleitos, preferían ponerlos en manos de cualquier procurador que contase con la confianza del tribunal que no en las del abogado Vinet. Además, según se decía, este hombre había sobornado en los alrededores de Comblomiers á una joven rica, y había obligado á sus padres á dársela. Su mujer pertenecía á los Chargebœuf, antigua y noble familia de Brie, cuyo nombre proviene de la hazaña llevada á cabo por un escudero en la expedición de san Luis á Egipto. La señora Vinet había incurrido por este motivo en el castigo de sus padres, que hicieran los posibles para dejar toda su fortuna á su hijo mayor, si bien con el encargo de dar una parte de ella á los hijos de su hermana; de modo que la primera tentativa ambiciosa de aquel hombre había fallado. Sumido al poco tiempo en la miseria, y avergonzado de no poder proporcionar á su mujer el lujo que le correspondía, el abogado hizo vanos esfuerzos para entrar en la judicatura; pero la rama rica de

la familia Chargebœuf se negó á apoyarle. Como gente intransigente, aquellos realistas desaprobaban un matrimonio forzado, y, por otra parte, su pretendido pariente se llamaba Vinet; ¿cómo apoyar á un plebeyo? El abogado fué, pues, enviado de uno en otro pariente de su mujer cuando pretendió servirse de ellos. La señora Vinet sólo encontró interés y cariño en una Chargebœuf, pobre viuda que vivía en Troyes en compañía de una hija; de suerte que Vinet se acordó un día de la acogida hecha por esta Chargebœuf á su mujer. Rechazado por el mundo entero, lleno de odio contra la familia de su mujer, contra el gobierno que le negaba un destino y contra la sociedad de Provins que no quería admitirle, Vinet aceptó su miseria. Su hiel creció y le dió energía para resistir; se hizo liberal comprendiendo que su fortuna estaba unida al triunfo de la oposición, y vegetó en una mala casucha de la villa alta, de donde su mujer salía rara vez. Esta joven, destinada á mejor suerte, permanecía absolutamente sola en su casa con un hijo. Existen miserias noblemente aceptadas y alegremente soportadas; pero Vinet, lleno de ambición y sintiéndose culpable para con una joven seducida, ocultaba una rabia sombría: su conciencia se ensanchó y admitió todos los medios para lograr el triunfo. Su fresca cara se alteró. Algunas personas llegaron á veces á asombrarse en la audiencia al ver su cara viperina, de cabeza trivial, de boca hendida y de ojos que relucían á través de sus antiparras, y al oír su vocecita agria y estridente que atacaba los nervios. Su tez morena, llena de tonos enfermizos, amarillos y verdes á intervalos, anunciaba su ambición oculta, sus continuos desengaños y sus escondidas miserias. El abogado sabía pleitear y hablar, no carecía de ingenio ni de imágenes y era instruído y astuto. Acostumbrado á concebirlo todo, gracias á su deseo de salir triunfante, podía llegar á ser un gran político. Un hombre que no recula ante nada con tal que sea legal, posee una gran fuerza, y la fuerza de Vinet provenía de aquí. Este futuro atleta de los debates parlamentarios, uno de los que habían de proclamar el reinado de la casa de Orleans, ejerció una

influencia horrible en la suerte de Petrilla. Por el momento quería procurarse un arma fundando un periódico en Provins. Después de haber estudiado de lejos, con la ayuda del coronel, á los dos solterones, el abogado había acordado por contar con Rogrón. Y esta vez no se engañaba, su miseria debía cesar después de siete años dolorosos durante los que había faltado el pan más de una vez en su casa. El día en que Gouraud anunció á Vinet, en la plazoleta, que los Rogrón rompían con la aristocracia burguesa y ministerial de la villa alta, el abogado le dió un significativo codazo en el costado, diciéndole:

—Una mujer ú otra, hermosa ó fea, debe serle á usted indiferente; usted debe casarse con la señorita Rogrón, de este modo podríamos organizar aquí algo.

—Ya pensaba en ello; pero es el caso que ahora ha llamado á su heredera, la hija del pobre coronel Lorrain—dijo el coronel.

—Puede usted hacer que le leguen su fortuna mediante testamento. ¡Ah! sería un gran negocio y tendría una casa magnífica.

—Además, esa pequeña... Pero, en fin, ya veremos—dijo el coronel con aire socorrón y profundamente malvado que demostraba á un hombre del temple de Vinet poca importancia que tenía una joven á los ojos de aquel militarote.

Desde la entrada de sus abuelos en la especie de hospicio donde acababan tristemente sus días, Petrilla, joven y orgullosa, sufría tan horribilmente viviendo allí de caridad, que se sintió feliz al tener noticia de unos parientes ricos. Al saber su partida, Brigaut, el hijo del mayor, el compañero de su infancia, que era aprendiz carpintero en Nantes, se fué á ofrecerle la suma necesaria para su viaje en coche, sesenta francos, todo el tesoro de sus propinas de aprendiz penosamente amontonadas, tesoro que fué aceptado por Petrilla con la sublime indiferencia de las amistades verdaderas, indiferencia que reveló que en caso semejante ella se hubiese ofendido si le hubiesen dado las gracias. Brigaut había acudido todos los domingos á San

Jacobo para jugar allí con Petrilla y consolarla. El vigoroso obrero había hecho ya el delicioso aprendizaje de la protección entera y abnegada que se debe al objeto de nuestros afectos involuntariamente escogido. Más de una vez, Petrilla y él, los domingos, sentados en un rincón del jardín, habían formado sus proyectos infantiles para el porvenir: el aprendiz carpintero, montado en su garlopa, corría el mundo en busca de fortuna para Petrilla que le esperaba. Hacia el mes de octubre del año 1824, época en que Petrilla cumplía su undécimo año, ésta fué, pues, confiada por los ancianos y el joven obrero al conductor de la diligencia de Nantes á París, con encargo de que la metiese en París en la diligencia de Provins y de que velase bien por ella. ¡Pobre Brigaut! corrió como un perro detrás de la diligencia mirando á su Petrilla hasta que no pudo más. A pesar de las indicaciones de la pequeña bretona, el obrero acompañó á la diligencia hasta una legua fuera de la villa, y, cuando el cansancio le rindió, sus ojos, humedecidos por el llanto, dirigieron una última mirada á Petrilla, la cual lloró también al perder de vista al amigo de su infancia. Después, llena de ansia, sacó la cabeza por la portezuela y vió á su amigo que, plantado sobre sus piernas, contemplaba alejarse el pesado coche. Los Lorrain y Brigaut eran tan poco conocedores de la vida, que la pequeña bretona se encontró sin un céntimo al llegar á París. El conductor, á quien la niña hablaba de unos parientes ricos, pagó por ella el gasto de la fonda en París y exigió después los gastos al conductor del coche de Troyes, encargándole que entregase á Petrilla á su familia, exigiendo á su vez allí el pago total de gastos, enteramente lo mismo que si fuese una mercancía. Cuatro días después de su partida de Nantes, á eso de las nueve, un lunes, un anciano conductor de la diligencia correo tomó á Petrilla por la mano, y, mientras se apeaban los viajeros destinados á Provins, la llevó, sin más equipaje que dos trajes, dos pares de medias y dos camisas, á casa de la señorita Rogrón, cuya vivienda le fué indicada por el jefe de la administración.